

Contado en primera persona: los pueblos se vacían.... y las ciudades se llenan

LOS PUEBLOS SE VACÍAN...

En la década de 1950 las zonas rurales comienzan a experimentar una transformación profunda. Muchas regiones de la península se van quedando vacías, mientras ciudades como Madrid, Barcelona, Bilbao, empiezan a desarrollar una zona urbana a su alrededor que las convierten en las áreas metropolitanas que son en la actualidad.

Las condiciones culturales, sociales y económicas en el campo español han sido en gran parte difíciles, aunque hubo un momento para la esperanza. Los planes que la II República proyectó, sobre todo en materia de educación y condiciones de vida, fueron abortados por la sublevación militar y la guerra civil. La Dictadura abandonó y castigó a unos campesinos cada vez más empobrecidos, si esto era posible.

Durante toda la segunda mitad del siglo XX esa era la realidad y esa era la sensación: los pueblos se vacían y las ciudades se llenan. Pero las migraciones del campo a la ciudad supusieron algo más que un mero despoblamiento de las zonas rurales y una superpoblación en las urbanas. Este fenómeno constituyó un auténtico cambio de vida, de valores, del comportamiento familiar y social. Una gran parte de las costumbres que durante siglos habían pervivido en las zonas rurales, desaparecieron en cuestión de décadas. Fiestas, procesiones, formas de labrar la tierra, de hacer y conservar los alimentos, de cuidar el ganado o las personas, pasaron a formar parte de la historia etnográfica de cada región.

Junto con el interés sociológico que pueda suscitar saber cómo se vivía y qué se hacía en el entorno rural, estaban las personas, los protagonistas que vivieron en primera persona la salida de sus tierras, de su familia, para dar ese salto al vacío que suponía trasladarse a una gran ciudad, a un trabajo totalmente distinto, con horarios que nada tenían que ver con el horario y calendario laboral. Iban en busca de un empleo, algo que les permitiera vivir de un salario. Las migraciones que se produjeron en España en estos momentos eran fundamentalmente económicas; se buscaba prosperar, una vida más fácil y con más comodidades. Sin embargo, dotarse de esas comodidades no era fácil ni gratuito, encontraron obstáculos del propio mercado de trabajo, pero también dificulta-

* Profesoras, respectivamente, de Lengua y Literatura y de Geografía e Historia en el IES Giner de los Ríos, Alcobendas, Madrid.

des a la hora de hallar vivienda, desplazarse por la ciudad, además de la nostalgia y el recuerdo que inevitablemente les acompañaba a diario.

Madrid y los pueblos próximos a ella se vieron claramente influenciados por la llegada masiva de población procedente de las zonas rurales. Alcobendas fue uno de esos pueblos de la corona metropolitana que experimentó un crecimiento espectacular entre los años 1955 y 1965. En uno de los Institutos de Enseñanza Secundaria de esta ciudad, IES Giner de los Ríos, llevamos a cabo un estudio de las migraciones con los alumnos de 4º de la ESO y 1º y 2º de Bachillerato. Queríamos saber de dónde procedían los antepasados (abuelos y abuelas) de nuestros alumnos, entender las razones que les habían llevado a llegar aquí. En total hicieron 56 entrevistas que sirvieron de base para la publicación de un libro: *Años de pobreza contados por nuestros abuelos y abuelas*.¹ Ahora nos centraremos más en lo femenino. Es decir, en cuáles son las condiciones de vida de la mujer en el pueblo, qué trabajos soporta y qué razones le lleva a marcharse a la ciudad abandonando todo lo que había sido hasta ese momento su entorno.

No es nuestra intención hacer un análisis sociológico y estadístico, pero en Madrid y a través de las entrevistas realizadas a las abuelas, generación nacida entre 1920 y 1935, queremos reflejar los recuerdos que nos trasladan a través de sus palabras: recuerdos de la guerra, de su familia, de su pueblo, de los cambios experimentados, de los retos que supuso la adaptación a un nuevo sistema de vida y a un trabajo distinto.

Ellas, las protagonistas

Nos lo han contado desde la ciudad, en una situación ya acomodada, con nostalgia, con pena y con orgullo de lo que ellas han sido capaces de construir a lo largo de su vida. Las entrevistas las realizamos en sus propias casas, en el salón, arreglado, recogido, con las fotos de la familia acompañando los recuerdos de su vida. En ellas nos hablan con pasión y orgullo de sus hijos y de sus nietos, los mismos que hoy les están preguntando por su vida.

Parece que a lo largo de su existencia hay dos partes muy diferenciadas. Una, la de su lugar de nacimiento con los dos grandes pilares, la tierra y el pueblo, su familia, su casa, el lugar al que pertenecían y las costumbres. Otra, la ciudad a la que tuvieron que emigrar, a veces ellas solas, la mayoría de las veces con su marido, un trabajo distinto, criando a los hijos en un entorno muy diferente al que ellas mismas habían vivido.

Entre medias y siendo pequeñas un hecho trascendental en la historia de España, la guerra civil. Ellas la vivieron siendo niñas, sus recuerdos son vagos, a

1 VVAR, Seminario de Fuentes Orales I.E.S. Giner de los Ríos, Alcobendas. Madrid, F. Javier Martínez del Olmo, 2001.

veces imprecisos y sin poder situarlos con exactitud en el tiempo, pero siempre emotivos y profundos. -

Sus nombres son peculiares y diferentes a los que ahora estamos habituados: Crescencia, Basilisa, Marciana, Reolindes, Francisca, Gregoria, Petra... Nos cuentan que la costumbre era ponerles el nombre del santoral, del día que habían nacido o bien el tradicional de la familia. El grupo más numeroso de las entrevistadas nacieron entre 1925 y 1935 y en todos los casos fuera de Madrid, en las zonas rurales de regiones próximas: Extremadura, Andalucía, Castilla León y Castilla La Mancha.

Hecha una esclavita

A través de sus memorias reconstruimos su vida en el pueblo. Era una forma de vivir muy diferente a la que tuvieron después. Entonces, cada persona y cada familia sabía cuál era su lugar, lo que tenían que hacer y el papel que desempeñaban en esa comunidad, en definitiva, todo lo que lleva a la formación de una identidad.

En torno al campo gira toda la actividad económica. Labrar la tierra, cuidar el ganado, recolectar en la huerta... eran tareas en las que la colaboración del trabajo de la mujer era muy importante:

Pues... barrer, fregar, y a lavar y a arrancar los garbanzos, las algarrobas y al arroyo a lavar que teníamos que ir con la cesta a cuestas. (Marcelina)

Mi padre era pastor, y mi madre era de casa, pero bueno, luego también iba a arar y también cocía el pan cuando tenía o podíamos, y echaba a los gorrinos, cuidaba a las vacas... Con una piedra rompían los hielos para podernos lavar la ropa... que no había lavadoras, no había agua en casa. (Crescencia)

Mi madre era lavandera, mi padre ganadero y trabajaba en el campo y yo llevaba las vacas al prado, todo el día, hasta por la tarde y también lavaba la ropa en los arroyos. (Constantina)

Ibamos a la recolección de aceitunas por Navidad, en el verano a la recogida de trigo, recogida de lentejas... y todos esos trabajos que tiene el campo. (Juana)

Trabajaban en el campo habitualmente y en los momentos de cosecha más todavía. Las mujeres tenían la jornada completa. Los recuerdos que ellas tienen de sus casas son entrañables, la tienen idealizada, pero las comodidades no abundan.

No había agua. Ibamos a la fuente con un cántaro y dos botijos ¡A por agua! Se iba a lavar al río. No teníamos baño pero sí un barreño donde te podías lavar estupendamente. (Mercedes)

Iba a por agua a la fuente, a barrer, fregar, a barrer la calle. Tenía una burra coja y como estaba muy lejos la fuente y yo era muy chiquitita... cuando te estoy contando tenía ocho años, cuando murió mi padre, pues con la burra yo iba con el agua de la fuente, como era tan chiquitilla no era capaz de cargar todas las cosas de los cántaros, bueno, pues entonces, la gente me los cargaba y por la calle arriba, que esa era mi vida. (Manuela)

En casa el suelo era de yeso y no se podía fregar, se barría bien y se quitaba el polvo pero no se podía fregar. Las calles tampoco estaban asfaltadas, eso vino luego, mucho después de la guerra. (Mercedes)

El trabajo era continuo y las familias muy extensas. En ellas conviven abuelos y otros parientes. Todos ayudan en las faenas, no podía ser de otra manera:

Llevaba leche por las casas, ayudaba a mi madre y luego me iba a la escuela... hacíamos labores de casa y otras veces del campo. (Concepción)

Yo iba de pequeña a coger guisantes y si traía siete pesetas, mi madre iba a por pan, un kilo de patatas y se apañaba. Y si mis hermanos también traían otras siete, pues mejor. (Carmen)

Nosotras fregábamos, teníamos dos lebrillos, los lebrillos es como una palangana de barro «colorao», como las cazuelas que tiene tu madre para guisar, entonces se echaba agua y se ponía el estropajo que era de esparto; se le ponía jabón y se hacía uno fuertecito, ahí se fregaban los platos y en el otro lebrillo se enjuagaban y se ponían a escurrir en el platero. (Ángeles)

Mi casa tenía un corral

Los modelos de las casas son diferentes según la región de procedencia, sin embargo se puede considerar un esquema tipo en estas casas de campo: pocas habitaciones, cocinas grandes con campana, muchas veces ordenadas en torno a un patio interior y sin distribución homogénea. En general la vivienda está muy vinculada a la cuadra para dar cobijo del ganado.

El material empleado suele ser la madera con muros de tapial o de adobe. Al exterior llevan un revoco con mezcla de cal y arena. Nos describen las casas

como construcciones modestas, a veces dentro del pueblo, pero muchas veces las familias habitaban en caseríos apartados del pueblo.

Mi casa tenía un corral, un patio y dos habitaciones. Tenía seis hijos y tenía que mandar dos a casa de mi madre para dormir porque no cogíamos. (Gabriela)

Mi casa tenía una habitación solamente, una cocina y un corral. Allí no había servicio. Entonces allí vivíamos mis padres y cinco hijos que teníamos, y esa era nuestra vivienda. (Josefa)

Mi casa era de planta baja, con pajares y cuadras, cocina y dos habitaciones, con tejado a dos aguas hecho con tejones... los animales pasaban por la casa, era una casa sencilla, tenía una bodega, un corral, la cocina antigua, una chimenea muy grande y cuatro habitaciones. (Concepción)

Era muy grande porque era una herrería. La parte de la calle era herrería, la parte del patio era muy grande, tenía limoneros, naranjos, melocotoneros y allí estaban los hierros como el almacén de mi padre, aseo no tenía, en el corral, por allí se hacían las necesidades, teníamos un pozo y una pila para lavar la ropa, y un pozo muy grande, en las huertas, con agua dulce. (Ángeles)

Era una casa pequeña en la que existían sólo tres habitaciones, donde se repartían, en un lado las chicas y en el otro los chicos... casi siempre en penumbra porque las ventanas eran muy pequeñas. En el centro de la cocina se encontraba una chimenea. (Teresa)

Mantener la higiene personal era difícil porque las casas no estaban acondicionadas, ni disponían de agua corriente. Mucho más raro era disponer de cuarto de baño, siendo los corrales el lugar apropiado para satisfacer sus necesidades. De hecho, muchos de los peores recuerdos giran en torno a la falta de agua; se surtían en lavaderos y fuentes, recogiendo el agua en cántaros y cubos, realizando el aseo en barreños y palanganas. Traer el cántaro correspondía a las niñas de la casa.

En mi casa había un sólo dormitorio, dormíamos todos en él, y para el aseo teníamos la palangana. (África)

Me acuerdo de cuando me vino el período, que de esas cosas no se hablaba, estaba lavándome los pies y mi madre me dijo que se me podía subir la sangre a la cabeza y morirme, ya ves tú... yo pensaba que me iba a durar para siempre, pero eso... a mí nadie me lo explicó. (Constantina)

Había un aseo en una terraza, luego te lavabas en la pila del fregadero, en esos palanganeros, tenía su jabón, era lo que se llevaba antes. (Pilar)

A una higiene escasa e inadecuada se unía la presencia de enfermedades difícilmente superables por la falta de atención primaria. La mortalidad era elevada, enfermedades que hoy se curan con facilidad provocaban la muerte. La falta de medicinas, la distancia que había hasta el médico, los partos sin asistencia sanitaria, nos lo describen con una sombra de tristeza en sus recuerdos:

La gente se moría de sarampión. A mi madre se le murió un hijo de sarampión. También estaba la sarna que salía entre los dedos y picaba mucho. Y si te daba el paludismo había que ir a Navalucillas, que está bien retirado, a por medicinas que en esa época había bien pocas. Allí teníamos que ir con burro, con caballerías o andando. (África)

Sólo había un médico en el pueblo, cuando te ponías muy mala, como yo, que me mordió un perro rabioso, me tuvieron que llevar a Badajoz porque allí no había nada, tampoco había muchas enfermedades, y las que había, de esa, sí se morían, de la tuberculosis y todo eso se morían, en fin, pues eso, se pasaba mucho porque se vivía en el campo. (Manuela)

Cuando cumplí un año, mi hermana murió de deshidratación, fue imposible salvarla, en parte por la poca información sobre las enfermedades que tenían mis padres y en parte porque el médico no vivía en el pueblo y sólo hacía visita una vez a la semana. (Ángela)

Tuve una niña preciosa que nació muerta, y también perdí a otro niño, hasta siete veces, fíjate. Éramos muy desgraciados, lo había sido de niña y luego de casados tanto o más. (Felícita)

Cocido hoy, cocido mañana

La alimentación era poco variada, se reducía a los productos que sacaban de su propia huerta, trigo, patatas, carne de matanza y a veces, pocas, pescado. Describen la falta de comida y el hambre, pero al mismo tiempo se enorgullecen de que en los pueblos no se pasaba tanta necesidad como en las ciudades:

Comíamos bien dentro de lo que cabe, migas, cocido, patatitas guisaditas, repartidas entre desayuno y comida y cena, las migas por la mañana, por el mediodía el cocido y por la noche, lo que cayera, alguna sopa de ajos. (Manuela).

Comía cositas baratas porque mi madre no tenía mucho dinero, cocido por la noche, casi siempre cocido o siempre, por medio día, «pescao» blanco con un poquito de patata con bacalao, un huevo duro «cuajao» o verdura. (Ángeles)

Comíamos lo que daba el tiempo. Unas veces íbamos a por cardillos, a por collejas, y unas veces te llenabas, y otras te quedabas a medias. (Gabriela)

En los pueblos no faltaba de comer, siempre había donde poder echar mano. Se tomaba leche. Para comer, el clásico cocido, cocido hoy, cocido mañana, todos los días. Por la noche patatas y un poquillo de bacalao. La fruta era de temporada.

De su infancia en una ciudad Gabriela nos cuenta:

El salario era para malcomer, figúrate tú como sería, todo lo bajo posible. Algunas semanas no podíamos coger el pan porque no nos daba el dinero. (Gabriela)

La costumbre que más se repite es la de comer todos en el mismo plato. Colocaban la fuente o la cazuela en el centro de la mesa y todos accedían a ella con las cucharas. Para beber, agua y porrón:

Ahora cada uno tiene su plato, y entonces había una cacerola grande que ponían en el centro de la mesa y cogías y te echabas «p'atrás» y tenías el porrón allí cuando querías beber. (Pedro)

Se comía un plato para todos, nada más que había un plato en la comida, de lo que fuera, pero sólo un plato, normalmente a la hora del parte. (Concepción)

Nos enseñaron las cuatro reglas

Su inicio en la vida escolar, la mayoría en escuelas rurales, coincide con lo que algunos han acuñado como «hervidero de ideas pedagógicas renovadoras», consecuencia de la crisis de fin de siglo y de las luchas sociales de los primeros años del siglo XX: Institución Libre de Enseñanza, Escuela Nueva, iniciativas de extensión cultural durante la Segunda República, etc. Desde diferentes y aún contrapuestas perspectivas se insiste en que la ignorancia es una de las causas principales de la decadencia de España y, por consiguiente, la escuela debía ser el principal remedio.

Sin embargo, este intenso debate pedagógico relacionado con la lucha de clases propia del primer tercio del siglo XX, desemboca en una proliferación de modelos de escuela según las diferentes ideologías políticas: liberales, anarquistas o socialistas. No obstante, la escuela real, la de la inmensa mayoría de los españoles, vive ajena a este debate político y pedagógico. La escuela testimoniada aquí por nuestros abuelos es un compendio de deficiencias en todos los órdenes: falta de locales aptos para la enseñanza, inexistencia de programas escolares que se reducen a leer, escribir y «algo de cuentas», carencia de materiales didácticos y maestros mal pagados, aislados en su solitaria tarea en pueblecitos y aldeas y, en muchos casos, con una formación deficiente.

Manuela Castro evoca el humilde material escolar, reconocible todavía en los años de la autarquía económica del franquismo:

Escribíamos en una pizarra chiquitita, cuadradita, que tenía alrededor un marco de madera. Era de pizarra. Allí escribíamos y luego lo borrábamos.

No abundan datos muy precisos sobre los espacios escolares. Podemos deducir que muchas escuelas eran locales alquilados a familias, tales como pajares, cuadras y otros.

Entonces no había escuelas como ahora; ahora han hecho unas escuelas para todos los de las aldeas para que vayan allí concentrados. Sí, y van a la misma escuela, van a Sarria. Pero entonces eran unas escuelas mixtas en cada aldea. (Dolores)

Claro que me gustaba ir a la escuela. Se pasaba bien. Yo he ido a la casa de ésta (señala), que allí tenían la escuela. (Lola)

Algo diferente es el recuerdo de Valentina Moreno:

La escuela del pueblo era bastante grande, ya que había en ella alrededor de 60 alumnos y alumnas, divididos en dos escuelas, chicos y chicas aparte, con maestro y maestra.

Un recuerdo agridulce merecen los métodos, los «programas», y los maestros y maestras. Estos últimos no son recordados con especial entusiasmo:

En ella (la escuela) aprendíamos las cuatro reglas más importantes: suma, resta, multiplicación y división, y a leer. Los castigos más usuales de los maestros eran situar al alumno en cuestión contra la pared, de rodillas, sujetando algún libro. Cada alumno debía llevar su libro y colocarlo

en su pupitre, que eran pupitres que enlazaban la silla con la mesa. (Valentina)

Las carencias de esta educación primaria se intentaban suplir más tarde, ya de mayorcitos, con clases particulares o pasantías. Allí se repasaba un poco de todo: cuentas, lectura, escritura y dictados. En la memoria se mezclan también enseñanzas y castigos:

Presentías que ponían de noche algunos que estaban bien estudiados. Yo he ido a la de Dositeo dos Corras, lástima de cabeza que tenía ese hombre. ¡Si se hubiera venido a Madrid de aquellas! (Lola)

Castigaban de rodillas y con los libros en las manos. A mí nunca me castigaron. Luego de mayores íbamos a presentías, que las ponían de noche para los que estaban un poco estudiados. Nos enseñaban principalmente cuentas y a leer y escribir. Un poco de todo. (Emilio)

Mi abuelo aprendió porque el jefe de su padre, que trabajaba en una fábrica, le ponía deberes. Si no los hacía o no aprendía, se quedaba sin comer. (Carmen)

En determinados lugares de montaña, por diferentes motivos, la mayoría de las veces por las dificultades de las comunicaciones durante el invierno, las tareas de la enseñanza eran encomendadas a personas con estudios primarios. A Dolores López le encantaba esta tarea de enseñar a los más pequeños a *multiplicar y dividir y todo eso*. Con solo 17 años se encargaba de 15 ó 20 niños y niñas. Los materiales escolares eran la consabida pizarra y algunos mapas. No recuerda con seguridad si había exámenes o no: *Bueno, eran a última hora; pero no, no*. En todo caso ella no era exigente y parece que el sistema en su conjunto tampoco:

No, no eran exigentes las profesoras, y tampoco los niños. No creas que los niños pasaban mucho tiempo; te los mandaban muy poco. Enseñada que hacía buen tiempo, en primavera, ya iban muchos menos niños porque había mucho más que hacer en el campo.

Desde luego no podían esperarse mejores frutos de unos maestros pésimamente retribuidos, alojados en viviendas escuela miserables e impartiendo clases en verdaderos tugurios. Algunos alternaban las tareas agrícolas con la escuela para subsistir con sus familias:

Mi padre era el maestro nacional de la escuela... él iba por la mañana, preparaba las labores del campo y luego se iba al colegio. .

A lo anterior se añade el absentismo escolar derivado de las condiciones de pobreza en el campo y de la utilización del trabajo infantil. No sin cierta amargura en unos casos y con tristeza en todos, se recuerda esta oportunidad perdida de su infancia.

Yo no he estudiado. Sumar, más mal que bien. Pero otra cosa no. Entonces como eran tan cortos los jornales, cuando empezábamos a tener diez o doce años nos ponían a trabajar. (Carmen)

Yo estuve yendo... no llegó al año. Me sacaron para ir a ganar cincuenta céntimos. Los pobres faltaban muy a diario. Se llevaban a los chicos en cuanto tenían seis o siete años para trilladores, para paveros, para pastorcillos. (Antonio)

Allí la ruta de los cristianos de entonces era al colegio un año como a mí y al año sacarlo «pa» que le den dos pesetas y las chicas pues a servir, de niñeras y «to» eso. (Antonio)

El testimonio de Esteban Herrera es de una contundencia desoladora:

Yo no he ido al colegio. Yo no he ido nunca.

La percepción del tiempo, la permanencia en la escuela, se expresa con frecuencia de manera contradictoria. Parece claro que en el medio rural la escuela se limitaba a los meses de invierno, cuando las tareas agrícolas no eran tan apremiantes.

La abuela Lola, que vivía en la zona montañesa de Lugo, recuerda:

Pues en verano se puede decir nada; en invierno, íbamos yo y mi hermana Mercedes juntas; otras veces o iba yo o iba ella. Íbamos esos días, casi en invierno. Eso sí es verdad: a la escuela muy poco.

¿Qué significa «mucho tiempo» para África Castro?:

Estuve en la escuela mucho tiempo, pero no aprendí «na». ¿Por qué? Porque sería vaga, lo poco que sabía se me olvidó. Se estaba hasta los siete, ocho o nueve años, no más. Después de la escuela ya no había lugares para estudiar, nada más que la escuela.

A veces los hermanos se alternaban en la asistencia:

En verano no íbamos a la escuela y en invierno o iba mi hermana o iba yo. (Emilio)

Nada de lo evocado por estos hombres y mujeres es exageración. Giner de los Ríos, Cossío, Bello en su *Viaje por las escuelas de España* (1928) y tantos otros testimonian parecida situación. Sólo a partir de 1931, con el advenimiento de la Segunda República, el Estado realizará un intento serio de tomar las riendas de la escuela pública: introducción de la escuela unificada, mejora de las condiciones profesionales de los maestros y renovación de los métodos de enseñanza. La experiencia fue interrumpida por la guerra civil; en este punto, muchos perdieron la oportunidad de una escolarización completa:

Yo no fui a la escuela. Me pilló una edad muy mala. De pequeño tuve que ayudar a mi padre guardando ganado, cuidando a mis hermanos. Después estalló la guerra, en el pueblo sólo quedamos cinco chavales y no había colegio para cinco. Aprendí lo poco que me enseñó mi padre. Luego, el primer veraneante que llegó me enseñó. (Alejandro)

Me evacuaron a los cuatro años por la guerra y perdí el hilo de la educación, aunque aprendí a sumar, a leer... (José).

La escuela de la posguerra, fuertemente influida por la ideología nacional católica del nuevo régimen, es evocada con gracia por José Uriel:

Yo iba a una escuela, pero como no fueras los domingos a la iglesia te echaban. Ya ves tú; eras más de la Iglesia que del colegio.

Y así, pertrechadas con ese bagaje, cargadas con sus deseos y esperanzas, y también con su pobreza, parten en busca de un lugar mejor en el mundo que permita acceder a su familia a unas mejores condiciones culturales y de vida. Será una obsesión para todas ellas que sus hijos e hijas, que sus nietos... estudien.

Para bailar, con manubrio y con la gramola

La necesidad de tener vecinos en estas comunidades rurales era imprescindible. Gran parte de la vida se hacía en la calle, en la plaza del pueblo o en el pórtico de la iglesia. Desde pequeños se adoptan comportamientos que obedecen a costumbres regidas por la vida en comunidad: los niños juegan en la calle, en la era, alrededor de la fuente, las mujeres charlan y ríen en el lavadero de la plaza, o en las solanas... El concepto de familia es muy extenso, y las bodas entre parientes lejanos no extrañan a nadie...

La rutina del trabajo diario se rompe en las fiestas locales, con la banda, el baile en la plaza y las procesiones de los santos. En ocasiones bastaba un acor-

deón, un tambor o una flauta... lo importante, eran las ganas que tenían de fiesta, de olvidarse de su penuria cotidiana. Algunas recuerdan con una sonrisa y mucho cariño los escasos momentos de juegos y fiestas:

Se jugaba con los alfileres, a las cartas, a las siete y media, hacían corro las mujeres y se sentaban en las solanas a jugar, en verano nos bañábamos en el arroyo. Había un baile que se hacía en un salón y estaba hecho para bailar con un manubrio y con la gramola. (África)

Cuando éramos pequeñas no había juegos como ahora, jugábamos a los cacharritos con lo que teníamos, con los culos de los tazones y con los platos rotos. Machacábamos los tajés y era pimentón, judías y esas cosas. Nos hacíamos muñecas de trapo y el pelo era de lana. (Mercedes)

Una guerra bastante, bastante... fue horrible.

La guerra también marca sus infancias. Mujeres que quedan al cuidado de la familia porque al padre lo han matado, está en la cárcel, en el destierro o en un campo de concentración; mujeres a las que les rapan el pelo, miedo a lo que pueda suceder, desvalimiento... Incluso en las entrevistas el miedo sigue aflorando. No se atreven en un primer momento a nombrar lo que vivieron, sólo haciendo un alarde de valentía dicen *republicanos* o *socialistas*. Y también a muchas les cuesta decir *fascistas* en lugar de *nacionales*, aunque eso, matizan, era como se llamaban ellos. Algunas tuvieron una *pizquita de problema*: a su madre le raparon el pelo, y ya comprendemos la humillación que eso era. Los recuerdos de las muertes, los bombardeos, la huida, se mezclan con los de los primeros momentos de la posguerra: los calabozos, los campos de concentración, las penas de muerte, las condenas, los fusilamientos, el Auxilio Social y la soledad.

Nosotros estábamos con los socialistas y al otro lado era de los fascistas y estábamos muy cerca, atacaron los de derechas y cogieron mi pueblo. Al salir de la Puebla de Alcocer vinieron unos aviones y empezaron a bombardear, yo iba montada en el burro y mi madre detrás, me bajó, me cogió de la mano y corriendo, corriendo nos fuimos a unos árboles que había, y nos guardamos pero lo mismo que murieron muchos pudimos morir nosotras. En casa como llegó el burro sin nosotras pensaban que nos habían matado. (Felícita)

Mi familia estaba del lado de los rojos y tuvimos una pizquita de problema: a mi madre le cortaron el pelo. (Francisco)

Mi padre era republicano pero cayó en el lado de los nacionales, se dice. Allí en Peñarroya hubo una guerra bastante, bastante... fue horrible. Y luego después de la guerra, cuando mi padre vino de la guerra, pues directamente a la cárcel, los que no habían muerto, directamente a la cárcel. A mi padre lo mandaron a las minas de mercurio a Almadén y cada día que trabajaba le contaba como dos o tres días de menos, de prisión. Pero luego no le mandaron al pueblo, le mandaron a Madrid, a una cárcel que había en Ortega y Gasset y luego como desterrado. Cuando salió fue cuando nos vinimos nosotros. (Asunción)

¿Recuerdos de la guerra? Muchas calamidades. Mi madre tenía un ideal socialista, era fundadora de las Mujeres Antifascistas y secretaria del Partido Socialista de la Guindalera. Mi madre fue juzgada y estuvo condenada a muerte por un juicio sumarísimo. La vi en los calabozos y una vez que fui a verla a la cárcel, en un camión, debajo de una lona, había un montón de cadáveres de mujeres desnudas que habían fusilado en la cárcel de Ventas. Que cuando fusilaron a las doce menores, en las tapias del este, iban cantando la Internacional. Mi madre fue torturada en la cárcel y le repartieron muchas palizas para que hablara pero mi madre tenía una norma, que si por una paliza tenía que decir «a» y «b» tendría que decirlo todo y las aguantó y no delató a nadie. (M^a Luisa)

Íbamos al comedor de Auxilio Social porque a mi padre, lo fusilaron cuando yo tenía tres añitos, lo fusilaron los nacionales y mi madre quedó con tres niñas y embarazada de la pequeña en un pueblo miserable, de Extremadura, ganándose la vida como Dios le daba a entender, iba a fregar a las casas, a las matanzas de los ricos, a pintar las casas, a lavarle la ropa a la guardia civil, y así nos crió mi madre. (Josefa)

Trabajaba desde joven, con un salario malo, de cuatro duros, mi madre trabajaba de cocinera, ganaba cinco duros, mi padre estaba en la cárcel, le hicieron preso cuando Franco y mi hermano... mi familia se tuvo que poner a servir... yo de niñera, a lavarles ropa, a plancharles, vestirlos, darles el desayuno, trabajaba por necesidad, tuvimos que hacerlo... mi madre estaba sola... (Carmen)

Y LAS CIUDADES SE LLENAN

A veces, en los libros de geografía, las migraciones se clasifican como voluntarias o forzosas. En estas últimas se suelen incluir las deportaciones, los exilios... y en las primeras las migraciones de tipo laboral. Pero la mayoría de

las emigrantes, las de la posguerra española y las que hoy en día se trasladan forzosamente por motivos laborales, sólo en teoría son voluntarias. El deseo, la necesidad de encontrar un mejor puesto de trabajo, vivir más dignamente, unas condiciones de vida más adecuadas para sus hijos, son los principales motivos que impulsan a estas mujeres a dejar su tierra y trasladarse a la ciudad.

Emigré porque mi marido no tenía trabajo, muchas veces no había qué echarse a la boca, porque estaba más tiempo parado que trabajando, y no porque él no quisiera trabajar, sino porque no había trabajo. (Carmen)

Nos vinimos primero a San Agustín porque allí no había trabajo ninguno, ninguno, nada más que morderte los codos de hambre y buscar muchas «aromanzas», muchas achicorias, muchos cardillos para poder comer, porque mi pueblo es de mucho aceite pero lo tenía el que lo tenía. (Felícita)

Estos son algunos datos que testimonian el crecimiento de una ciudad como Madrid:

La provincia de Madrid tenía en 1960, 2.606.254 habitantes y en 1970, 3.792.561

El crecimiento total fue de 1.186.307

Durante este decenio el número de nacimientos ascendió a 728.420 personas

El número de defunciones fue de 228.667. Es decir que el crecimiento vegetativo fue de 499.420 habitantes.

Lo que da como resultado un saldo migratorio de 686.554 personas.

En la mayoría de los casos el traslado se produce cuando ya se tiene apalabrado un puesto de trabajo con una cierta seguridad. Algún amigo, algún vecino, algún familiar son los vehículos que transmiten esta posibilidad. Se produce así un efecto de llamada en cadena que hace que los miembros de una familia vayan, poco a poco, trasladándose a la ciudad en búsqueda de unas mejores condiciones de vida, de sanidad, de higiene, de educación, que en su lugar de origen no pueden encontrar.

En algunos regiones (la Montaña, Pirineos...) son las mujeres las que marchan primero «a servir» y dejan en sus pueblos a los hombres jóvenes solteros, los «tiones». Muchos de ellos también emigran buscando familia y una ocupación propia que el sistema de primogenitura no les permite.

Porque allí suele pasar que el primero de los hermanos es el que le hacen una «manda» y le dejan el setenta y cinco por ciento de la casa y los otros tenemos que emigrar para buscar la vida por otras partes. (Faustino)

Vine aquí en el año cuarenta y tendría veinte años. Allí el mayor se queda con la mayor parte y los demás tienen que salir o casarse con una labradora. Entonces nos vinimos a empezar una nueva vida, a trabajar por nuestra cuenta, para nosotros. (Emilio)

En otros casos es el hombre el primero en partir a la búsqueda de ese primer trabajo, muchas veces en la construcción o en los puestos menos cualificados de la industria. Si está casado, cuando ya se encuentra mínimamente asentado, trae consigo a su familia para evitar los gastos y la soledad.

En la decisión de dónde emigrar intervienen dos factores, el primero y más importante, considerar la oferta de trabajo del lugar seleccionado. La ciudad -Barcelona, Madrid, Bilbao, Castellón- es un lugar que se presupone con múltiples empleos, con mucha oferta... El desarrollo económico de España, el Plan de Estabilización de 1959, la devaluación de la peseta, el incremento del turismo, en definitiva, todas las medidas gubernamentales tomadas en aquellos momentos apuntaban a un crecimiento económico. El país eminentemente agrícola que era España apostaba por incorporarse a una Europa industrializada y para ello se necesitaba mano de obra en la industria y servicios. Y el segundo factor que mueve a los emigrantes es, como ya hemos dicho antes, conocer a alguien en el lugar en el que quieren instalarse.

Al llegar a la ciudad, pasaron a habitar en zonas periféricas o en barriadas humildes, que no se diferenciaban mucho, en cuanto a condiciones de vida, de lo que habían soportado anteriormente. Influye también el hecho de que España vivía, después de la guerra, una situación económica y social muy difícil. De hecho hasta los años sesenta, no empezaron a notarse las mejorías del llamado desarrollismo.

Aquellas personas, que vinieron a partir de la década de los cuarenta, soportaron condiciones duras y tuvieron que adaptarse a trabajos de todo tipo, mientras que las que lo hicieron en torno a los años sesenta encontraron otras perspectivas que les permitieron ubicarse mejor y buscar modos de vida y trabajos más dignos.

Al acabar la guerra toda la familia se viene para Madrid, las hermanas mayores se pusieron a servir, y los hermanos se colocaron. Yo como era muy pequeña iba a los basureros y recogía metal, trapos, cristal... Otras veces iba a los cuarteles y me daban cachos de pan... Les daba lástima porque era pequeña. (Josefa)

En vagones de tercera

El desplazamiento a la ciudad es una odisea. Tienen que combinar varios medios de transporte. Uno para salir del pueblo, en general en tartana o andando, hasta llegar al nudo de comunicaciones más cercano donde cogen el autobús de línea –La Rápida, La Veloz...– hasta la estación de tren. Trenes mixtos de pasajeros y mercancías, vagones de tercera, trayectos interminables, múltiples transbordos de un tren a otro. Horas y horas de viaje. Además, el miedo a lo desconocido, el cambio brusco, la sensación de pena que da dejar su tierra, en sus testimonios todavía recuerdan el salto al vacío que suponía cambiar de lugar de residencia.

El tren era de carbón. Nos bajaban de Hiescas a Torrijos, hasta la estación y allí cogías el coche de línea de correos y me iba a La Puebla. Los trenes tardaban mucho, eran muy lentos. (Carmen)

Lo mismo llegabas a Madrid que llegabas a Valladolid, toda tiznada de carbón, porque eran los trenes de carbón, esos que iban echando humo y se metía por las ventanillas, luego te restriegas, ibas toda hecha un Cristo... unos trenes que eran con los asientos de madera, antiguos. (Pilar)

En un coche destartado, muy viejo, y veníamos como piojos en costura, muy apelonados porque había que aprovechar hasta los pasillos de pie y todos traían sus cestas y pollos y conejos. Era un desastre. Las maletas en vez de llevarlas abajo, las llevábamos arriba en la baka. Mi madre tenía una maleta de cartón pero al cobrador se le olvidó echarle la lona, empezó a llover y se puso aquello chorreandito. Empezaron a bajar las maletas y el cobrador se quedó con el asa de la de mi madre en la mano y todas las cosas y las ropas tiradas por el suelo, una pena. (Fidel)

Salvo contadas excepciones vienen con lo puesto, con una pequeña maleta, poco dinero y muy inquietas.

Viajaba en la Sepulvedana, el viaje fue bastante bien. Tardó como unas cuatro horas. De equipaje llevaba lo puesto y poco más, y de dinero lo justo para comer al día siguiente, nada más. (Juana)

Sólo una maleta con dos mudas y dinero sólo para el viaje. Íbamos las dos, mi hermana y yo, en el autobús desde Sepúlveda. El viaje duró mucho, no recuerdo cuánto pero mucho. (Petra)

Vine en una tartana que era una camioneta que venía desde el pueblo hasta Madrid y además traía el correo. Llevaba una maleta de cartón con la ropa interior y lo que tenías, unos zapatos, no tenías mucho más. (Mercedes)

Las primeras impresiones cuando llegan a la ciudad son de susto, se sienten impresionadas por los edificios, las distancias, por las prisas... y es que además, Madrid, en los años cuarenta todavía se encuentra con los restos de la guerra por toda la ciudad.

Madrid, por primera vez, era un terremoto, que no parecía que fueras a poder salir. Yo de que vi tanta gente, tanto coche, tantos edificios altos, yo, mareadita, mareadita.. (Felícita)

Me acuerdo que estaba todo con tiros de la guerra, estaba todo destruido. La Ciudad Universitaria estaba toda por el suelo, de la guerra, todo caído. (Patrocinio)

... Cuando vine no me gustó, porque esto era peor que las aldeas de allí de mi pueblo... esto era la cosa más asquerosa que se echa el hombre... echaban los orines en la calle, no había desagüe. Cuando llovía, unos cerrajeros negros, con una peste que yo decía...¡ Aquí cogemos un tífus!... menos mal que estuvieron arreglando esto... y nos dieron la casa que estábamos viviendo... (Carmen).

La falta de iluminación, de alcantarillado y las malas condiciones de vida en algunos de los barrios periféricos decepcionan, y mucho, a los recién llegados.

Cuando entré aquí le dije a tu abuelo que dónde me había traído, que todo era escombros y barro... pero nos acostumbramos muy bien a los vecinos de San Sebastián de los Reyes porque era como vivir en el pueblo. (Gertrudis)

Luego la empezaron a edificar y hoy es Alcobendas, pero cuando llegamos era como un corral de vacas. (Antonio)

Cuando llegué estaba la pobre Juana esperando, es mi cuñada, la hermana de tu abuelo, que estaba esperándonos con una casa, un patio y dos habitaciones, que no tenía servicio ni nada, ni agua ni nada... cuando vinimos aquí, a Alcobendas, aquí no había nadie, muy poco de nada. (Paula)

No había calefacciones como las de ahora, había braseros de picón que se hacían fuera. (Carmen)

En el lavadero de Plaza de Castilla estaba la fuente y allí había un pozo que iba mi madre a coger agua para una pila que tenía yo en el patio. (Paula)

Cuando llegué a Madrid me instalé en Cuatro Vientos, en la casa de mis suegros. (Valentina)

Pensé en volver al pueblo al principio, porque en casa de mi hermana, en Carabanchel, donde vivíamos no teníamos ni agua ni luz, tenía que hacer las necesidades en una cubeta de agua y luego tirarla en medio de las calles por una reguera. (Francisco)

Las casas domingueras

En la ciudad, estos emigrantes van a experimentar un cambio profundo en sus comportamientos y hábitos comunitarios. Se producirá una ruptura radical con su entorno rural al tener que acoplarse ahora a otro espacio, que no es únicamente el de la nueva casa, sino el mundo de la ciudad, con todos sus cambios y novedades.

En el caso de las mujeres, muchas de ellas estuvieron durante mucho tiempo viviendo sin casa propia: habían venido a servir, como empleadas del servicio doméstico y se mantuvieron casi en régimen de internado, conviviendo con las familias que las había contratado, hasta que lograron una independencia económica o se casaron formando sus propias familias y buscándose un lugar para vivir.

En la ciudad, como trabajaba de servicio doméstico, vivía con los señores... mejoró mucho mi vida, por lo menos no pasaba frío. (Trinidad)

Muy mal porque no tenía entonces nada... a una casa que no conocía... estaba muy mal, muy aburrida, no era tu sitio, no era tu casa... y te sentías mal... era la casa de la señora. (Concepción)

...Vine con la abuela y con las tías, que era donde estaba la abuela trabajando, que estaba ya entonces de niñera de ama de niño... y me trajeron a mí para el niño... Yo tenía que estar todo el día allí, claro, estaba con el crío para salir con él a la calle... luego iba al colegio... la casa en la que trabajaba era muy grande, ya ves, pues éramos tres, la abuela Micaela, yo que estaba de niñera y una chica que había de doncella. (Pilar)

Mi primer trabajo fue de empleada de hogar, que se dice ahora, entonces era servir, y ahora empleada, que es más fino. Resulta que entonces era «estás sirviendo» y hoy no, porque dicen «estoy trabajando». Pues no,

era lo mismo entonces que ahora, trabajar era entonces, trabajar es ahora.
(Mercedes)

En otras ocasiones cuando se desplazaba la familia completa o los hombres, venían en condiciones poco favorables, habitaciones realquiladas, naves, a veces chabolas, en barrios periféricos desde donde se tendrán que trasladar para poder acudir al trabajo. Después pasarán a vivir en bloques de viviendas. Al llegar a estos pisos modestos dentro de bloques, la convivencia cambia y se generan otros compromisos sociales que implican una transformación en sus hábitos. Desde los años cincuenta la ciudad va experimentando una ligera evolución, el alcantarillado, la electricidad, empiezan a llegar a las barriadas periféricas. A través de sus testimonios podemos constatar estos cambios.

Cuando llegué aquí a un piso... lo compramos... no de mucho dinero, pero vamos, para poder vivir bien, ya con cuarto de baño y con todos los requisitos que se necesitan, no de lujo pero por lo menos para poder vivir decente... (Obdulia)

En la década de los sesenta, tendrán esperanza de mejorar de situación cuando puedan acceder a las llamadas «viviendas sociales», que se crearon de acuerdo al Programa de Promoción Oficial por parte del gobierno de Franco. Las familias se dirigían, como medida provisional, a las Unidades Vecinales de Absorción (UVA) o a los Poblados Dirigidos. El planteamiento obedecía al concepto de Gran Capital, que absorbía a ciudades periféricas donde podían acogerse inmigrantes.

Encontramos familias que se desplazaron a las UVAs de Fuencarral, de la Puerta del Ángel, el poblado de Calero, la Unidad Vecinal de Batán, el poblado de Entrevías, etc... y también a pueblos próximos a Madrid, como Alcobendas o San Sebastián de los Reyes. Adquirieron una parcela modesta y empezaron a construirse su propia vivienda; en estas áreas les era más fácil conseguir casas de poco coste, frente a las de la ciudad que resultaban más caras.

Cuando me casé me fui a una casa baja en Vallecas. Luego ya me apunté a estas casitas domingueras. Es decir, que trabajabas los domingos para hacerte la casa. Yo compré los materiales y el terreno. La mano de obra la puse yo y los compañeros. Hicimos grupos de 24. Había cinco poblados dirigidos en Fuencarral, en Orcasitas... así muchos obreros nos hicimos la casa. (José)

De esta forma podemos apreciar cómo las condiciones de adaptación a la ciudad fueron diferentes según el momento histórico en que llegaron. Los que llegaron al finalizar la guerra nos presentan un panorama sombrío y sórdido,

mientras que la situación va suavizándose durante los cincuenta y los sesenta, en pleno inicio de cambio político dentro del régimen franquista y de los Planes de Desarrollo .

Tuve muchos niños, siete niños...

El golpe militar del treinta y seis, los tres años de guerra civil y la terrible dictadura posterior causaron una sangría demográfica de casi un millón de personas entre muertos, desaparecidos y los exiliados que tuvieron que abandonar el país para salvar sus vidas. A esto hay que añadir los enormes problemas de enfermedades y desnutrición que aceleran y multiplican la mortalidad.

En los primeros años después de la guerra la natalidad desciende. Este proceso está provocado por la permanencia de las condiciones de inseguridad, carencia, hambre, miedo... poco atractivas para favorecer el crecimiento de la población. También por la gran cantidad de personas reclusas (soldados del ejército republicano, miembros de las organizaciones y partidos derrotados...) que permanecerán en la cárcel, muchos de ellos, hasta finales de los cuarenta.

El desenlace de la guerra trae consigo la imposición de la ideología de los vencedores a través de todos los medios a su alcance: la propaganda política, la religión, el control de la educación y de la cultura.

Hacia la década de los sesenta aparecerán las familias numerosas de la posguerra. Siete, ocho, nueve hijos que vivían en casa, que había que mantener. El Estado las favorecía de forma propagandística y la Iglesia las bendecía moralmente. Anualmente el «Caudillo», en el Palacio del Pardo y ante las cámaras del NO-DO, entregaba los premios de natalidad a las familias más numerosas. El franquismo entregaba en estos momentos, en plena explosión demográfica, cada año, medio centenar de estos premios, uno por provincia, a matrimonios con quince y hasta diecinueve hijos. «Los hijos que Dios nos dé» reflejaba la ausencia de cualquier control personal sobre la natalidad. «Un niño siempre trae un pan bajo el brazo» enmascaraba las angustias económicas que generaba la llegada de un nuevo hijo.

...Tuve muchos niños, siete niños... y los tenía que cuidar... después de vivir donde vivía, en una chabola... que era de dos habitaciones y una cocinita... luego, como iba a asistir a una casa a Núñez de Balboa, de unos señores «buenísimos» que un día vinieron a mi casa... y vieron donde yo vivía... me compraron un pisito en San Sebastián de los Reyes que les costó en aquellos tiempos doscientas sesenta mil pesetas y ahí he vivido siempre. (Josefa)

Pero había que mantener, vestir, educar y dar cobijo a tanta criatura. Las nuevas casas eran pequeñas y poco acondicionadas para tanta gente. Las lite-

ras, los armarios que eran camas, la preparación de todo un campamento nocturno para acomodar a tanta gente. Existía todo un culto a la familia numerosa. Uno de los grandes éxitos cinematográficos de los años sesenta fue «La gran familia» que retrataba en clave ternurista los avatares de estas familias.

El pluriempleo del hombre, la mujer dedicada en exclusiva a la prole, la miseria cotidiana... La Iglesia asignaba a la mujer la misión primordial de la maternidad y como no podía ser de otra manera las diferencias de comportamiento del hombre y la mujer seguían siendo, aquí como en el pueblo, muy claras. Las tareas encomendadas a unos y a otras dentro y fuera de la casa son diferentes. Muchas mujeres permanecerán haciendo las tareas «propias de su sexo», es decir, la casa y los hijos. Así nos lo resume una de las abuelas:

Los hombres eran de taberna, las mujeres de casa. (Valentina)

El trabajo en la ciudad, cuando, además de trabajar, había que criar a los hijos, tenía inconvenientes que no había en el pueblo. El padre, educado también en esta concepción de la división del trabajo, tiene que mantener a la familia y sacarla adelante.

Yo he trabajado fuera poco, mi marido trabajaba y yo he cuidado a los críos. En Madrid, no conocíamos a nadie. Entonces no había guardaría ni cosas de estas. Los hijos eran para criarlos las madres solas. (Carmen)

La madre se convierte en el referente de los hijos dentro de la casa, pero la autoridad, incluso en silencio, la tiene el padre.

De toda la vida le teníamos un respeto muy grande; en cuanto que nos miraba ya no nos tenía que decir nada con la boca, en cuanto nos miraba. (Esteban)

Sin embargo ya se han perdido aquellos tratamientos de respeto que ellos tuvieron con sus mayores en el pueblo. Sus hijos les tutearán aunque la autoridad paterna siga estando clara. Se van transformando las normas entre los miembros de la familia.

Yo a mis padres los trataba de usted, y les besábamos la mano, como a todas las mujeres del pueblo, o como al cura. Te encontrabas a una mujer y le besabas la mano, como saludo y como respeto. Era así, era otra cosa. (M^a Dolores)

Vivíamos pasando mucha hambre

En los primeros años de la posguerra, hasta bien entrada la década de los cincuenta, la lucha por la subsistencia es la principal preocupación. La insuficiente producción provocó una escasez generalizada de productos y el Estado impuso las cartillas de racionamiento, por medio de las cuales se controlaba la distribución entre la población de los productos de primera necesidad (aceite, azúcar, café...). Este control estatal trajo consigo el surgimiento del estraperlo y de un importante mercado negro, donde se vendían de forma clandestina los productos racionados a precios abusivos. La extensión del mercado negro benefició a los especuladores y encareció todavía más los productos y la vida. La pobreza y el hambre son corrientes, y más para los vencidos.

Hemos trabajado mucho, en trabajos malos y habiendo poco que comer. La Esperanza me decía: «Mamá, me duele la tripa, si me frías un huevo se me quita» y freíamos un huevo para las dos. (África)

En el NO-DO se veía lo que querían ellos, la Acción Católica. Nos ponían la cara bonita pero no nos ponían el hambre que pasábamos. Hasta el cuarenta y siete o cuarenta y ocho no dieron el pan de venta libre. Se compraba el periódico el sábado para ver qué daban en el racionamiento. 100 gramos de azúcar, 200 gramos de arroz, octavo de aceite, algo de tocino y para de contar. Un litro de aceite de estraperlo era más que el salario de un obrero. Y ahora, ¡No comas mucho pan, que engordas! ¡Me cago en diez! ¡Qué pena de vida! (José)

Había en Madrid pocos medios para vivir. La guerra había pasado pero la gente estaba en la cárcel, vivíamos pasando mucha hambre. Daban una cartilla para ir a comer al Auxilio Social. Íbamos con un puchero y nos daban arroz, judías.. y luego en casa lo guisábamos. Después ya vino mi padre del campo de concentración y nos daban un poco más de comida. (José)

En los años cuarenta se pasó más hambre que durante la guerra. Nos dieron una cartilla que todo lo teníamos racionado, el aceite, el azúcar... (Asunción)

En los primeros años de la posguerra la desnutrición, el hambre y, a veces, la falta de las mínimas condiciones higiénicas en las casas provocaban un debilitamiento de la población con el aumento de enfermedades que hoy ya están erradicadas. La tuberculosis, el tifus, enfermedades infecciosas, eran enfermedades comunes y peligrosas.

Existía aquello de «Se ha muerto de repente». ¡De repente! Y no te decían más. (José)

Pues aquí no pude trabajar, tuve muchos hijos, siete, siete niños. Y por cierto la tercera niña que me nació pues se me murió en el Hospital del Niño Jesús, otra fatiga más que tuve que pasar y los tenía que cuidar a ellos, porque después de vivir donde vivía, en una chabola que «na» más era que de dos habitaciones y una cocinita, pues yo no podía trabajar. (Josefa)

La vida de mis hijos ha sido muy dura, no ves que mis hijos también pasaban mucha hambre porque había mucha calamidad. (Josefa).

En estas condiciones ahorrar era imposible. Viven al día y a veces, ni eso es realizable. Era imposible pensar en gastar en productos innecesarios como en la actual sociedad de consumo, la sociedad de usar y tirar. Cada cosa que se compraba era pensada, repensada y necesaria y aprovechada hasta que se gastaba. La ropa varias veces dada la vuelta, remendada, heredada de unos a otros, hecha en casa.

Ahorrábamos antes más que ahora porque nos hemos criado escasos de dinero, no sé como explicarlo. Ganaban muy poco los hombres y a la medida que se ganaba, comprábamos. Pero era tanta la miseria que no te comprabas unos zapatos hasta que no se te rompían los otros. (Carmen)

La familia sale adelante con la ayuda de todos. Ellos trabajan desde muy jóvenes para contribuir a la economía familiar, los sueldos son tan bajos, tan miserables, que es necesaria la colaboración colectiva. Solamente cuando se casan forman una unidad nueva e independiente.

Todos los hermanos que hemos trabajado hemos llegado a casa con el dinero. Mi madre me daba a lo mejor un par de pesetillas ¡Ya ves tú! (José)

Trabajos malos y poco que comer

En lo que hace referencia al mundo económico y laboral, nos encontramos frente a un país que presenta múltiples carencias, con una situación desastrosa, consecuencia del secular atraso y de la devastación que marca la guerra; en muchas áreas casi nada queda en pie, por lo que la reconstrucción se convierte en la primera tarea a realizar. Además, el régimen político implica la inexistencia de contactos económicos con el exterior, por lo que se genera un sistema de autosuficiencia o autarquía. Son, sin ninguna duda, años de generalizada miseria,

y para muchos españoles fueron peores que la propia guerra: «un litro de aceite de estraperlo era más que el salario de un obrero».

A lo largo de los años 50, el nuevo contexto geopolítico internacional (la guerra fría) permite al régimen del general Franco iniciar una tímida apertura al exterior, estableciéndose relaciones políticas, económicas y militares con Estados Unidos, lo que permitirá un importante caudal de ayuda económica externa; pero las condiciones generales de vida y trabajo seguirán siendo malas durante toda la década y no comenzarán a mejorar hasta la puesta en marcha del plan de liberalización económica en el año 1959, cuyos resultados se harán notar a partir de los primeros años sesenta. Es aquí cuando comienza el llamado «milagro español»; las fuentes de financiación que permitirán dicho proceso serán los ingresos por turismo, las remesas de los emigrantes españoles en Europa y la enorme capacidad de trabajo que nuestros abuelos llegan a acumular a lo largo de su dilatada vida laboral.

La ciudad ofrece un buen número de trabajos que, en muchos casos, son totalmente desconocidos para estos emigrantes. Pertenecerán a los sectores económicos industrial o de servicios: en la construcción, de serenos, de guardas, en porterías, como electricistas, vendedores, tenderos...

Quando vine a Madrid me metí de albañil, de albañil vine primero y luego entré de peón de estructuras metálicas, y luego me hice soldador de eléctrica. (Pedro)

Trabajé de sereno de comercio y vecindad treinta años y luego, después de esos treinta años, hemos «pasao» a la policía municipal. Mi vida fue durmiendo por de día y trabajando de noche. (Faustino)

Se mantienen ciertos aspectos básicos de la etapa anterior: la situación económica general es mala, por lo que en muchos casos, todos los componentes de la familia siguen trabajando, niños incluidos, sólo que en un ambiente claramente distinto:

Tu abuelo trabajó de guarda hasta que murió. Yo cosía porque había que hacer muchos remiendos y zurcidos, y la ropa no era como ahora. Hemos trabajado mucho, en trabajos malos y habiendo poco que comer. (África)

Una vez que vinimos aquí, como era pequeña, yo me dedicaba a ir por los basureros, con mi hermana que es dos años mayor que yo; íbamos por un cubo, cogíamos cristal, cogíamos zapatillas, cogíamos trapos... metal y cosas para poder ir a la trapería a venderlo. Para poder comprar siquiera pan y así pues todos los días. Cuando ya fuimos un poquito mayores me coloqué yo a trabajar, a servir. (Josefa)

No faltan testimonios de mujeres que trabajan en otras actividades:

En casa yo sí trabajaba, la ayudaba a mi madre, que era sastra, hacía los trajes entonces, yo la ayudaba todo lo que podía, las cosas más difíciles porque yo veía ya mejor que mi madre y yo la hacía lo más «deliciao», ella me adelantaba las costuras y yo las cosas más «delicás» se las hacía. Y después cuando fui más mayor me fui con mi tía, que tenía una sombrerería, y me enseñó a hacer gorros y todos los días estaba yo trabajando con mi tía haciendo gorros. (Ángeles)

Un caso especial es el de aquellos que sufrieron castigo por haber combatido en el bando republicano durante la guerra. Considerados como «malos españoles» por el régimen triunfante, serán perseguidos. Muchos de ellos son ejecutados, otros tantos sufren descomunales penas; algunos presos tienen la oportunidad de disminuir la condena a cambio de trabajar, generalmente en obras públicas:

Nos metieron en un campo de concentración allí en Figueras que se llamaba «La carbonera», y allí estuve veinticuatro horas. A las veinticuatro horas, me llevaron a un pueblo que se llama Cervera, y allí estuve un mes o así, y al mes me llevaron a un sitio que se llama Horta, Barcelona, y allí estuve mucho tiempo. Que no me pegaron, no puedo decir que me pegaron, pero pasé mucha hambre, mucha, mucha, mucha. Con diecinueve años no valía «pá» subir tres escalones. Estábamos una mañana «formaos» allí y llega un capitán y dice: «¿hay algún voluntario que quiera salir al batallón de trabajadores?» y le dije «sí»; yo salí de los primeros y salimos dos camiones a un pueblo cerca de Gros y allí estuvimos trabajando las carreteras, levantando puentes y «tó» esas cosas. (Pedro)

Fuera de nuestras fronteras, numerosos españoles viven y trabajan en países de la Europa noroccidental. La salida exterior a países como Alemania, Francia, Holanda... de miles y miles de trabajadores muestra claramente el nivel de atraso con respecto a nuestros vecinos del norte, y será concebida en el interior del país como un «trauma nacional». Altos salarios y dignas condiciones de trabajo son el reclamo perfecto para intentar salir de la pobreza, generar unos ahorros y volver a España con un pequeño capital para invertir, comprar un piso, montar un pequeño negocio...

Los horarios y los salarios aparecen como dos aspectos íntimamente ligados entre sí, tal demuestran los entrevistados, que los mezclan y se refieren a ellos como uno solo. En lo que hace referencia estrictamente a horarios, nos encontramos con casos en los que prácticamente se trabaja durante todo el día, sobre todo en los de las mujeres que trabajan como internas y que cuentan con muy poco tiempo libre:

Trabajaba desde las ocho de la mañana hasta la diez de la noche y salías un día a la semana y luego los domingos. (Mercedes)

Vivía con los señores y a trabajar y trabajar y nada más, no podías hacer otra cosa, más que acostarte y levantarte a la hora que podías y empezar tu faena. Me acostaba a las dos y media de la noche y me levantaba a las seis y media de la mañana. Salíamos de quince en quince días, cuando salíamos. Salíamos otra chica que también era de Galicia y yo, dábamos una vuelta, y otra vez para casa, porque salíamos a las seis y media y a las ocho y media teníamos que estar en casa. (Trinidad)

Pero hay otros muchos oficios que tienen ya horarios más o menos fijos, y que permiten al trabajador poder organizar su tiempo libre, que nunca será bastante. En este aspecto, algunos entrevistados nos recuerdan sus horarios de trabajo en la ciudad.

Trabajaba ocho horas, de ocho a una por la mañana y de dos a seis por la tarde, con una hora de descanso al mediodía. (Francisco)

Abríamos a las seis y media o las siete, algo así. Salía el pan, lo cocías, hacíamos la masa... Los hombres llevaban comida, se llevaban la comida al trabajo y se llevaban su barrita de pan. (Patrocinio)

Ocho horas, ya aquí ocho horas. Con el tractor no podías estar ocho horas; salías cuando podías y te venías cuando anocheecía; luego ya en los demás trabajos sí, ocho horas. (Antonio)

La percepción de que en el extranjero se cobraba más es evidente. Se dejaba la casa, muchas veces la familia, el país siempre, pero los salarios compensaban. En el interior los sueldos siempre serán relativamente bajos, con una cierta mejoría a partir de los años sesenta, aunque sin olvidar que los bajos costes salariales fueron uno de los pilares sobre los que se edificó el «milagro» económico español.

Y son muchos los que, sin cambiar de trabajo, se dedican a trabajar más haciendo horas extra, llegando en algunos casos a duplicar turnos. En todas estas ocasiones encontramos una cuestión que resulta crucial para todos los entrevistados, el ahorro. Son tantas y tan graves las dificultades que a lo largo de su vida han pasado, que valoran la posibilidad de ahorro, y la efectividad de éste, como lo que les recompensa de su salida del pueblo y su posterior llegada a la ciudad. Normalmente no pueden ahorrar nada en los primeros tiempos, pero más tarde algunos sí lo irán consiguiendo, pero eso sí, esquivando en la medida de lo posible los gastos que eran considerados como superfluos y, por tanto, evitables:

Estuve al menos cinco o seis meses trabajando para poder comprar los primeros zapatos. (Josefa)

Yo no podía ahorrar, si «ná» más que era aprendiz. A lo mejor ganaba una veinticinco o una cincuenta diaria en aquellos tiempos; luego te subían a una sesenta y cinco. (Julio)

¿Ahorrar? Primeramente nada, para ir viviendo. (Patrocinio)

Como ya hemos visto su vivienda estaba en las afueras de Madrid, en zonas que a veces no tenían luz, ni agua... y mucho menos medios de locomoción, y así, cada día tenían que recorrer mucha distancia hasta llegar a un medio de locomoción.

En la segunda mitad del siglo XX, Madrid crece y se extiende como una mancha de aceite. Polígonos industriales en las afueras de la ciudad, barriadas que crecen de forma rápida y sin control. Acudir al trabajo o acceder a otros lugares de la ciudad para cualquier necesidad suponía un lento y tortuoso desplazamiento.

La impresión general que les produce Madrid a estas inmigrantes procedentes de zonas rurales, ya la hemos recogido, pero es también necesario constatar lo que fue para ellas el encuentro con los coches, los pocos que en aquel momento había en esta ciudad.

No había accidentes porque no había coches ni bicicletas y el que las llevaba era un rey. (Carmen)

Desde Cuatro Vientos iba a Madrid en tranvía y en trole. (Valentina)

Los lugares de trabajo no estaban cerca de sus casas. A veces las distancias que tenían que recorrer eran muy largas, incluso para solucionar los problemas más inmediatos de las labores de la casa.

Para comprar tenía que coger el autobús en San Sebastián de los Reyes, que venía dos veces, por la mañana y por la tarde. (África)

El sacrificio más grande es que tenía que levantarme temprano para hacer muchos kilómetros andando hasta el tranvía que venía hasta la Plaza de España. (Francisco)

Las infraestructuras de transporte dentro de la ciudad de Madrid eran muy escasas, y las empresas de autobuses periféricos estaban en manos de la iniciativa privada. El metro, el más rápido y el más obrero de los medios de transpor-

te, se empezó a construir a comienzos de siglo. El primer tramo: Cuatro Caminos-Sol fue inaugurado en 1919. En 1929, la línea 2 del metro de Madrid Ventas-Cuatro Caminos, empezó a recibir viajeros. El incremento de las líneas era lento, la construcción cara y el número de usuarios reducido al principio. Sin embargo estaba destinado a tener éxito al asegurar una relativa rapidez de movimientos frente a la progresiva dificultad de los transportes de superficie. Así, en la década de los 50 va a ser uno de los medios de transporte más utilizados.

Cuando quieren ahorrar, el único capítulo del que pueden hacerlo, aunque eso les cueste, es ir andando al trabajo.

Cuando éramos mayores, dieciséis o diecisiete años, te daban un duro que te tenía que durar toda la semana. Nosotros vivíamos en la Cruz de los Caídos, en Arturo Soria, y trabajaba en Cuatro Caminos, en el Mercado de Maravillas, de mecánico. Necesitaba el metro, el tranvía o ir andando si quería tener una peseta para el sábado o el domingo. Si íbamos en tranvía, necesitaba subirme en los remolques que unen los trenes para ir a trabajar, allí nos colgábamos. Te subías y allí estabas pendiente de cuando se acercaba el cobrador y si te veían te ibas corriendo, te tirabas y esperabas otro tranvía. (José).

Los taxis existían pero eran para las clases burguesas, ni siquiera en los momentos más necesarios los podían tomar como medio de transporte:

Fui rompiendo aguas en el coche de línea, no tardaba mucho en llegar desde San Sebastián de los Reyes pero ya iba rompiendo aguas cuando nació Gema, que nació en La Paz, las demás han nacido en casa. (África)

Estos autobuses periféricos, con poco servicio y menos comodidades, eran los que permitieron la extensión de la ciudad. Los poblados de los alrededores, las Unidades Vecinales de Absorción (UVA), que formaron núcleos muy beligerantes en torno a la década de los sesenta, recogían entre sus principales reivindicaciones las líneas de comunicación, una red de autobuses y unos servicios capaces de poder permitir el traslado hasta su lugar de trabajo y el centro de la ciudad del que se sentían marginados.

Otra vez los sesenta marcarán un punto de inflexión. La compra a plazos de bienes de consumo les permite, en ciertos casos, la adquisición de un medio de transporte particular. Los grandes y pesados coches de los años treinta que se han seguido utilizando durante la posguerra, irán cediendo protagonismo frente a los utilitarios. Primero serán el Dauphine y el Cuatro-Cuatro, más tarde sustituidos por el famoso Seiscientos, otro de los símbolos de esta época.

Tomar la vida como viene

No podemos evitar hacer una última pregunta a nuestros entrevistados: ¿Mejor o peor?

Todas estas personas han sobrevivido a una época dura, pero se muestran firmes y dignas, orgullosas de su papel en la vida. La entrevista ha servido para recordar su vida y hacer una reflexión sobre lo mejor y lo peor.

El matrimonio, para ellas, suponía una condición de la vida o una exigencia social, la boda es un cambio de etapa, su situación cambia; a veces se plantean el matrimonio como una aventura que provoca el tener que abandonar el pueblo o la ciudad en la que vivían para cambiar de residencia. Sin embargo, ellas siguen manteniendo unas relaciones intensas con su familia, con sus padres y hermanos. La familia es, sin lugar a dudas, un hecho omnipresente en sus vidas.

La llegada de los hijos es el mejor episodio de su vida, lo más bonito que les ha pasado.

Lo mejor, cuando vi por primera vez la carita de mi hijo. (Francisca)

En sus relatos siempre aparecen los hijos como la referencia a casi todos los cambios y aventuras que han emprendido. El trabajo, el desplazamiento a la ciudad... son acontecimientos que están apuntando a la mejora de la vida de sus hijos.

Los hechos negativos de su vida los han querido pasar a un segundo plano, pero no los han olvidado. Los podemos agrupar en torno a dos aspectos, por un lado, la guerra civil española que la tienen metida en una nebulosa de sentimientos. En algunos casos ni siquiera recuerdan bien los bandos, pero sí el miedo, la falta de higiene, las enfermedades y sobre todo al hambre y al frío. El ruido y el pánico que les producían los bombardeos es algo que no podrán olvidar. Por otro lado, la muerte de un familiar es el otro aspecto negativo que les duele recordar, la sensación de vacío que les produjo la muerte de su madre o de su marido, ya que muchas de ellas son viudas.

En sus recuerdos hay penas y alegrías, nostalgia y satisfacciones. *Tomar la vida como viene*, nos dice una de ellas. Quizá esa sea la filosofía de una buena parte de las abuelas entrevistadas que hacen un balance con una perspectiva de hace muchos años.

Para nosotras, realizar este trabajo ha sido un orgullo, reflejo del que ellas sintieron al saber que considerábamos su vida interesante para el estudio. De verdad se sintieron protagonistas al ver a sus nietos y nietas reconocer la valentía y el esfuerzo que atravesaban sus narraciones.

Las hemos acompañado en muchos casos en el despertar de sus conciencias, en su autoafirmación y en la asimilación de su camino vital. Sus vidas ya aparecieron mostradas en la obra literaria de los escritores de la Generación del 50

que intentaron reflejar la verdad social que la cháchara oficial ocultaba. Los movimientos vecinales comienzan, en muchos casos apoyados por un sector de la iglesia, los llamados curas obreros, a finales de los 60 y es su fuerza la que conseguirá transformar poco a poco esta situación.

Ellas miran atrás en estas declaraciones y hacia delante ven a sus nietas, estudiando, con un mundo más amplio de posibilidades, y piensan que, a pesar de todo, ha merecido la pena.

NOTA: Este trabajo no hubiera sido posible sin la colaboración sincera y desinteresada de las siguientes personas:

M^a Luisa Ortega Garrido, África de Castro, Alejandro Herranz, Ángeles Burgos, Antonio López García, Asunción Haba, Carmen Blanco, Carmen Martí Cuesta, Carmen Pérez, Carmen Ramos, Concepción Carrillo, Dolores López, Emilio Tallos, Esteban Herrera, Faustino García, Felícita Parralejo, Fidel Sánchez, Francisco Martín Sevilleja, Francisco González, Gertrudis Fernández, José Gómez Sevilla, José Uriel, Josefa Aranda, Josefa Expósito, Juana Jiménez, Julio Becerril, M^a Dolores Bravo, Mercedes Benito, Obdulia Fernández, Patrocinio Ibáñez, Paula López, Pedro Martín Picazo, Petra Baz, Pilar Velasco, Trinidad Domínguez, Valentina Moreno.